

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO 131

MADRID

CALLE DE QUEVEDO, 7

PARA LA ENSEÑANZA OCASIONAL

E S P A Ñ A Y T A N G E R

Están en un momento de máximo interés las negociaciones francoespañolas relativas al problema de Tánger. ¿Será o no será Tánger para España?

Con gran razón afirmaba días atrás el poeta Marquina que, «al final de estas negociaciones, España empezará a considerar en vías de realizarse uno de sus grandes objetivos históricos, que acaso arranque de los días de su católica Isabel la Grande, o se verá obligada tácitamente, inexorablemente, a un nuevo compás de espera en el camino de sus nobles deseos y sus justas pretensiones a la influencia internacional». Puede que también tenga razón al añadir que «depende de «todos y de cada uno» la partecita de satisfacción que se le dé a España en sus pretensiones (que ya se han reconocido justas) al terminarse estas conversaciones, que todos y cada uno podemos con un pequeño esfuerzo de atención y de voluntad diarios, contribuir al éxito final; reforzar la voz de nuestros enviados, subrayarla en su instancia, darle un acento de convicción, una profunda resonancia nacional, que impresionen al interlocutor». Por creer esto cierto, a ello queremos contribuir, dando en estos momentos oportunos los datos que siguen para una lección ocasional acerca de este tema, de estas dos sílabas «que pasado y futuro santifican»: ¡Tánger!

Pretendemos hacer factible con estos datos geográfico-político-históricos sobre Tánger, la exposición de unas cuantas lecciones ocasionales en todas las Escuelas españolas, contribuyendo así a que pueda formarse una opinión nacional sobre problema de tan vital interés para nosotros. Aunque damos estas noticias con la brevedad que nos impo-

nen nuestras obligadas informaciones de otro género, juzgamos han de ser suficientes para el objeto que perseguimos.

Es Tánger una ciudad de Marruecos situada en la costa Suroeste del Estrecho de Gibraltar, cerca y al Este del Cabo Espartel. La ciudad se corresponde con la bahía de ese mismo nombre que está encajada entre altas montañas, y que es la única ensenada de alguna importancia que hay en esa costa meridional del Estrecho.

Como la existencia de Tánger data de muchos siglos, según veremos en seguida al tratar de la historia de la ciudad, debemos distinguir entre el Tánger viejo y la parte moderna. Lo que hoy se llama Tánger viejo no es otra cosa que las ruinas de la antigua ciudad, que existen en el lugar en que confluye el río Galeras con algunos arroyos que a él van. La moderna ciudad, edificada sobre una agreste y pintoresca colina, está rodeada de casas y jardines, casi todos pertenecientes a los extranjeros allí residentes. Tiene un puerto de bastante abrigo para los buques, y un clima magnífico y una playa deliciosa, cosas estas dos que son el mayor motivo de atracción de los viajeros que acuden a pasar en ella largas temporadas. Su situación en el Estrecho, a la vista de la playa de Tarifa, la hace ser considerada como el punto más fuerte y más estratégico del Estrecho.

Su puerto tiene una importancia comercial enorme, pues a él acuden las mercancías de importación y exportación de Fez y Mequínez, y en algunas épocas del año, las de Larache, cuando el mal tiempo hace sea imposible el embarque por esta última costa.

Los productos que constituyen la base de la exportación son: lañas, granos, cera, ba-

buchas, muchas reses vacunas para Gibraltar, Francia y Portugal, y gran cantidad de huevos y gallinas, gran parte de los cuales se consumen en los puertos cercanos de España.

Apesar de la modernidad de la población, no ha perdido su aspecto de población berberisca: sus calles son angostas, pendientes, mal empedradas, y todo conserva su carácter africano, no obstante poder contemplar en sus tiendas, basares y cafés, la completa europeización en la vida de la ciudad.

Tiene, aproximadamente, 35.000 habitantes; comunica, por cable, con Cádiz, Tarifa y Orán. Un buen servicio de Correos francés y español; y desde allí salen diariamente peatones para Fez, Alcázar, Tetuán, Casablanca, Mazagán, Soffi y Mogador. Cuenta con muy buenos edificios, que pertenecen a diversas naciones: España, Inglaterra, Francia, Italia y Bélgica.

La belleza de sus alrededores y su clima, inmejorables, sólo comparable con el del archipiélago canario, hace que muchos europeos se establezcan allí, donde, con toda seguridad, gozan de vida apacible, y pueden vivir en hermosos hoteles, situados en medio de una vegetación tan varia como pintoresca, hermosos panoramas, y una costa en punto tan estratégico como es el que sirve de enlace al Mediterráneo con el Atlántico. La ciudad sigue cada día mejorando en su aspecto y en sus servicios, merced al gran impulso recibido por la afluencia de extranjeros, por su condición de capital diplomática de todo el Imperio marroquí.

Al historiar la ciudad de Tánger, quiero sirva de antecedente este fragmento que copio, donde se resumen datos sobre la relación, mejor dicho, prolongación de España en Marruecos (1):

«Allá, en los tiempos antiguos de las formaciones geológicas, parece determinado que hubo un período en el que el Mediodía de Andalucía y el Norte del continente africano, formaban un todo sin solución de continuidad. Después se abrió el Estrecho de Gibraltar; las dos partes se unieron a España y a Marruecos; pero, naturalmente, conservaron la unidad geológica y geográfica, y así, por tanto, cuando se examina un mapa geológico, se encuentra que las manchas silúricas y las manchas terciarias del territorio

de Andalucía se prolongan por el Norte de Marruecos, que la cordillera Penibética se prolonga por la cordillera del Riff, que la fauna y la flora son iguales, que la riqueza minera del Sur de España continúa por el Norte de Marruecos y que todo se halla en la relación de lo que ha tenido un origen y una idea igual y común; y si se trata de la raza, encontramos que la raza sirio-árabe y la raza libio-ibera pueblan igualmente España y Marruecos. De manera que se vive en una relación de identidad y de común origen, y, naturalmente, de ella se deriva una serie de enlaces, que ha tenido su expresión más fiel en todo el transcurso de la Historia. De donde resulta que ese Estrecho no separa ambos continentes, y que si geográficamente se examina lo que representa la verdadera frontera del Mediodía de España, se encuentra ésta en la gran cordillera del Atlas.»

Algunos datos históricos sobre Tánger (1): Se la cree fundada por los fenicios, con el nombre de Anteo, o por los cartagineses. Los que la juzgan de origen fenicio se basan en que junto a las ruinas de la vieja ciudad existieron durante muchos siglos dos columnas de piedra con una inscripción fenicia. Lo que sí está fuera de toda duda es que Tánger tuvo gran importancia durante el tiempo en que Roma dominó el Norte de Africa, y el Emperador Claudio la denominó Traducta Julia, y la hizo desde entonces capital de la Mauritania Tingitana. La dominación visigoda en España se prolonga al Norte de Africa y abarca también a Tánger, y hace a esta ciudad sometida al señor de Seuta (Ceuta), que antes era tributaria de Roma. Sigue a ésta la invasión árabe de España, y antes de realizarla, los árabes se apoderan de Arcila y Tánger para tomarlas como puntos estratégicos para sus repetidas expediciones contra España, aun en tiempo de la Monarquía visigoda. De entre estas excursiones de los árabes a las costas de España desde Tánger, es famosa la realizada, con poco éxito, durante el reinado de Wamba, y la del Guadalete, en tiempo de D. Rodrigo, que la puso en posesión de nuestra Península.

A través de esta rápida reseña histórica, vemos cómo la vida política de Tánger, igual que su constitución geográfica, está íntimamente relacionada con el proceso político de la vida española. «Y de esa comunidad de relaciones con Africa nacen nuestros Tra-

(1) Don Carlos García Alonso, *Tánger para España*, Conferencia de la Liga Africanista de la Real Academia de Jurisprudencia.

(1) P. Castellanos, *Descripción histórica de Marruecos*.

tados con Marruecos, anteriores a todos los demás contraídos entre este Imperio y el resto de Europa.»

Luego, en el año 1437, cinco hermanos del Rey de Portugal, D. Duarte, hijo de Juan I de Aviz, deseosos de alcanzar renombre y ensanchar los dominios de su patria, intentaron una expedición a Africa con 6.000 hombres. Desembarcaron en Ceuta y pusieron sitio a Tánger; pero auxiliada la ciudad por los Reyes de Fez y de Marruecos, tuvieron los portugueses que pedir la paz, quedando en rehenes el general D. Fernando, que murió en una prisión de Fez, después de horribles sufrimientos, y su cadáver, relleno de paja, fué colgado y quemado en las murallas. Cuando el Rey Alfonso V, hijo de D. Duarte, llegó a su mayor edad, quiso desquitarse de esta derrota, y al propio tiempo vengar a su padre y a su tío. Al efecto, con 30.000 soldados desembarcó en un lugar, a 24 kilómetros, al Suroeste de Tánger, y en el año 1467 sometió a esta ciudad y a Arcila. Este Rey portugués es el que se conoce en la Historia por Alfonso V, el Africano. Desde entonces fué Tánger declarada capital de las posesiones de Portugal en Africa.

Tánger dejó de ser portuguesa en el año 1662, porque el Rey Juan IV la dió como dote a su hermana la Infanta Catalina, cuando contrajo matrimonio con el Rey de Inglaterra Carlos II, el hijo de aquel Carlos I que fué derrotado por los ejércitos de Oliverio Cromvell, quien defendía la soberanía del Parlamento sobre el absolutismo del Monarca. Carlos I fué condenado a muerte por un Tribunal designado por la Cámara Baja y ejecutado en Londres (1649), frente al Palacio de Nwhitehall.

Sucede después la República en Inglaterra hasta 1660, en que se restaura la Monarquía de los Estuardos, siendo el primer Rey de la restauración este Carlos II, hijo del Monarca ejecutado, que al casarse con la Infanta Catalina de Portugal, recibe en dote 500.000 libras, las plazas de Tánger y Bombay, a más de grandes privilegios para los productos ingleses a su entrada en Portugal y sus colonias. Así pasó Tánger a poder de Inglaterra.

José BALLESTER GOZALVO

(Continuará)

LOS PROBLEMAS DE LA ENSEÑANZA

LA INSPECCIÓN

En el esplendoroso resurgir de aurora que va iluminando y ampliando los horizontes de la Escuela en España, surgen a cada instante problemas de cantidad, que es el bloque de la gran obra, y de calidad, que es la disposición, el arte, el embellecimiento, la consumación.

A resolver los primeros, se han consagrado con viril ahinco los Gobiernos (el actual, como ninguno, justo es consignarlo); y algo, en realidad, mucho, quizá todo en promesas, han conseguido determinados matices de los segundos, cuya más honda y fina raigambre tardarán mucho en bañar las aguas de la regeneración.

Así, por ejemplo, la Escuela Superior del Magisterio, el único Centro de estudios fundamentales de la Pedagogía en España, al que tanto deben nuestra enseñanza y nuestra cultura, arrastra una vida raquítica y desorientada, en espera de una reforma más de

una vez solicitada y propuesta por Profesores y alumnos.

Algo y parecido, aunque menos grave, acontece a las Normales. Y la Inspección de Primera enseñanza parece que está sólo en ensayo, a juzgar por sus resultados y por su constitución.

La obra del Inspector se inicia, se asoma, como para decirnos hasta dónde podría llegar. Es relativamente ineficaz, por escasa, incompleta e intermitente.

Inspección (de *inspicere*, mirar por dentro), es tanto como visión total y conocimiento profundo de la obra pedagógica que en una zona se realiza; visión y conocimiento que no pueden realizarse con una breve visita cada dos o tres años.

Además, esa visión no ha de ser fin, sino medio, y, por tanto, para algo se ha de adquirir. Precisamente, es el primer elemento de juicio del Inspector para que éste comience su misión, que, desgraciadamente, queda reducida a ese primer elemento, sin

que pueda ni siquiera comenzarse a desenvolver, pues es fuerza que el Inspector siga su ruta y pronto vuelva a su vida burocrática y oficinesca; dejando, cuando más, un consejo estampado en un papel que se archiva.

El Inspector actual es como un médico que hubiera de diagnosticar sobre la salud de un sanatorio y dar normas para su funcionamiento con una simple receta que no sabe cuándo ni cómo se aplicará.

Para que el Inspector fuera todo lo que debe y quiere ser, todo lo que le piden que sea y se necesita que sea, necesario sería también que tuviera tiempo siquiera para pensar en las necesidades de su zona, en la cultura de sus Maestros, en el bien de sus Escuelas y sus niños; que pudiera pasarse una semana en un pueblo, no *inspeccionando*, sino *atravando*, resolviendo, educando y enseñando a enseñar; que pudiera unificar elementos dispersos, trazar y desarrollar proyectos completos, vivir la misma realidad de las cosas y entrar en el sutil mecanismo de las dificultades; hacer obra plena y múltiple, de corazón y de cimiento; que pudiera ser agitador y freno, acicate y guía, amigo y Maestro, padre y confesor, un valor espiritual positivo, no un mero funcionario (¡bastantes hay ya!) que se limite a dar un informe dentro de los moldes áridos y estrechos de la Ley. Para esto, francamente, creo que no hacen falta los Inspectores.

Cuando yo pienso en mi futura actuación de Inspector, una actuación que *hiciera algo*, que abarcara y desarrollara un plan íntegro y armónico, con más intensidad espiritual que extensión geográfica (*non multa sed multum*), jamás se me ocurre soñar con otra

cosa que una zona pequeña, un partido judicial, en cuya cabeza hubiera, bajo la dirección del Inspector, una Escuela-modelo, cabeza también de las de la zona; casa toda luz y cariño, remanso y llamarada, germen y fruto, descanso y fortaleza; Centro donde repercutieran todas las inquietudes de la región; con material de investigación científica y de aplicación didáctica y una biblioteca para todos los Maestros; caja de resonancia y eco devoto de los grandes Centros pedagógicos y punto de conjunción de todos los anhelos y todos los ensayos, donde acudiera el que tuviera una duda y el que quisiera aprender, el que atisbara una verdad y el que quisiera enseñar; donde conversaran los Maestros y fueran más amigos que compañeros, hermanos que tratan del porvenir de sus hijos.

Y la Inspección, con muy pocos papeles oficiales, pero con muchas cartas íntimas, cargadas de emoción y de fe, de entusiasmos y de proyectos, de vehemencias y de esperanzas, de desfallecimientos y desencuentros también.

Y que cada Escuela fuera mi Escuela, y yo el coadjutor de todos los Maestros, y cada niño un caso de estudio y de amor...

Algo así necesitan los Maestros, los pacientes y nobles Maestros, que mantienen vivos todos los rescoldos sagrados en el yermo aterido e inculto de los pueblos.

El Sr. Suárez Somonte tiene anunciada una reforma de la Inspección. ¿Irán sus pensamientos por derroteros semejantes a los humildemente esbozados aquí?

AGUSTÍN SERRANO DE HARO

Guadix.

VICTORIA (Libro para niñas)

por

MARÍA DEL PILAR OÑATE

VICTORIA es una muchacha que al ingresar en la Escuela, ya mayorcita, cuenta a su madre los hechos más salientes de su curso escolar. Esta correspondencia, con las respuestas de la madre, llenas de ternura y de útiles consejos, forman este libro. Las 136 páginas están ilustradas con 50 grabados.

Ejemplar, encartonado, UNA peseta.

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN

EL MAGISTERIO ESPAÑOL.—APARTADO 131, MADRID

LA ENSEÑANZA POR LA IMAGEN

PASION Y MUERTE DE JESUS (NOTAS PARA UNA O VARIAS LECCIONES) CON DOCE PROYECCIONES DE SEMANA SANTA EN ZAMORA

El Señor había predicho varias veces a los apóstoles la pasión que le esperaba, aunque sin precisar la fecha en que habría de verificarse. Pero últimamente, encontrándose rodeado de sus apóstoles, les dijo:

«Bien sabéis que dentro de dos días se celebrará la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado y morirá en una cruz.»

I. *El prendimiento.*—Los enemigos de Jesús no se descuidaban. Los sanedristas se reunieron en casa de Caifás para ultimar sus planes. No teniendo valor para apoderarse de Jesús por la fuerza ni en el templo, temerosos de concitar contra sí las iras del pueblo, acordaron prenderle secretamente, entregarle a los romanos, y que éstos le hicieran desaparecer.

En esto anunciaron que un hombre de condición ordinaria pedía audiencia. Entró haciendo reverencias y dijo que venía, cumpliendo las órdenes de las autoridades, a denunciar el paradero de Jesús de Nazaret.—¿Qué me daríais, añadió, si yo lo pusiera en vuestras manos?—Aun siendo ruines los pensamientos de los allí reunidos, no pudieron disimular el desprecio que sintieron hacia el discípulo traidor. Al fin, se convino en el precio de treinta siclos de plata, equivalentes a unas cien pesetas de nuestra moneda.

Jesús se había retirado a orar con algunos de sus discípulos al huerto de Gesamán. Mi alma, les dijo Jesús al empezar a orar, siente angustias de muerte: aguardad aquí y estad en vela. Oraba el Señor con el mayor fervor, sintiendo agonía y ansias de muerte, cuando una turba de soldados con linternas, antorchas y armas penetró en el huerto. Un hombre los guiaba: era Judas Iscariote, quien acercándose a Jesús, le dijo:

«Dios te guarde, Maestro», y le besó.

Jesús le replicó:

«¿Así entregas al Hijo del hombre?»

Entonces los enemigos se apoderaron de El y le ataron fuertemente. Pedro desenvainó una espada que llevaba, y tirando un tajo, cortó la oreja a uno de los criados del Sumo Sacerdote. Pero Jesús le detuvo, diciendo:

«Vuelve tu espada a la vaina». Tocó con su mano la oreja del herido, y le curó.

Los discípulos huyeron llenos de espanto.

II. *La flagelación.*—Jesús fué conducido a casa de Caifás, quedando entre los soldados en el patio, mientras dentro se deliberaba. En aquel patio fué donde arremetieron al Cordero divino como lobos rabiosos, y, todos a una, le herían sin piedad. Unos, le daban bofetadas y pescozones; otros, le escupían en el rostro, dirigiéndole, además, escarnios y denuestos.

Más tarde, fué mandado atar a una columna para ser bárbaramente azotado, añadiendo llagas a llagas y heridas a heridas, mientras El, manso y sereno, padecía toda clase de injurias. El reo, según decían, pretendía ser rey, y los soldados quisieron celebrar la coronación poniendo a Jesús una corona de espinas.

Nuestro Salvador era rey, y sintió, como sólo un rey verdadero es capaz de sentir, la vergüenza y la pena de los ultrajes. Mas los soportó con paciencia y mansedumbre, cumpliéndose las palabras del profeta:

«He entregado mi cuerpo a los que le golpeaban y no he retirado mi rostro de los que le escupían.»

III. *La sentencia de Jesús.*—Anás y Caifás, reunidos en consejo, buscaron algún testimonio contra Jesús para condenarle a muerte, mas no lo hallaban. Entonces se levantó Caifás en medio del Consejo e interrogó a Jesús, diciéndole:

«Yo te conjuro, en nombre de Dios, vivo, para que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios.»

Jesús respondió con dignidad:

«Sí, yo soy, y os digo que algún día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios y venir sobre las nubes del cielo.»

Al oír Caifás estas palabras, exclamó:

«¡Blasfemado, ha! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?»

La asamblea declaró, unánime:

«¡Reo es de muerte!»

Pero como el tribunal de los judíos no te-

nia facultades para hacer morir a nadie, lo enviaron a Pilatos.

«¿Qué acusación, dijo el gobernador romano, traéis contra este hombre?»

Respondieron:

«Es un amotinador que prohíbe pagar tributo al César y diciendo que él es el Mesías y el rey.»

Pilatos hizo comparecer a Jesús en su presencia y le preguntó:

«¿Eres tú el rey de los judíos?»

Jesús contestó:

«Sí, yo soy rey; pero mi reino no es de este mundo.»

Pilatos salió, y dijo a los judíos:

«No encuentro crimen alguno en este hombre.»

Mas se redoblaron los clamores, y gritaron diciendo:

«¡Crucifícale!, ¡crucifícale!»

Pilatos, irresoluto, no sabía qué hacer; pero los príncipes de los sacerdotes le dijeron:

«Si mandas soltar a éste, que se titula rey, no eres amigo del César.»

Viendo Pilatos que nada conseguía, mandó traer agua, se lavó las manos, y dijo:

«Inocente soy yo de la sangre de este justo.»

Gritó entonces todo el pueblo:

«Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Lo entregó Pilatos, y Jesús fué condenado a muerte.

IV. *El camino del Calvario.*—La sentencia fué acogida como un clamoroso triunfo. Trájose inmediatamente la cruz, que ya estaba preparada, y todo se organizó con extraordinaria prisa. Rompía la marcha el centurión a caballo, con encargo de presidir la ejecución y mantener el orden; seguía el pregonero, publicando en voz alta los crímenes del condenado a muerte; después, los dos ladrones, y, finalmente, el Redentor, débil y vacilante, cargado con el madero que había de servirle de suplicio.

Delante de este fúnebre cortejo corría riendo y gritando una turba de muchados, y alrededor una multitud de gente, que vociferaba insultos y arrojaba lodo y piedras, según era en Oriente costumbre del populacho.

V. *Las caídas de Jesús.*—El camino del Calvario era largo y penoso: cuándo una pequeña eminencia, cuándo una hondonada; a veces, una serie de escalones. El Redentor

avanzaba lentamente y a costa de grandes esfuerzos.

Por tres veces le abandonaron las escasas fuerzas que le quedaban, y entre mortales congojas cayó desmayado bajo el peso de la carga que le oprimía.

Temiendo que sucumbiese antes de llegar al Calvario, los soldados echaron mano de un hombre llamado Simón, natural de Cirene, de oficio labrador, y le pusieron para que ayudase a Jesús: a éste es al que nosotros llamamos «el Cirineo».

VI. *La Verónica.*—En la esquina de una calle aguardaban el paso del Señor su bendita Madre, su discípulo amado, Magdalena, María Cleofás y Salomé. Encontráronse las miradas de Jesús y de su Madre. ¿Quién podrá expresar el dolor de ambos?

Una mujer, la Verónica, cuando la comitiva pasaba por frente de su casa, compadecida de Jesús, salió al paso, y con un lienzo quiso enjugarle el copioso sudor del rostro, y en el lienzo vino a quedar impresa la imagen del Señor.

Otras mujeres expresaron a Jesús, con tiernas palabras, el dolor que les producía verle en aquel estado. Jesús se volvió a ellas, y con tristes palabras, exclamó:

«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.»

VII. *Desnudan a Jesús de sus vestiduras.* Por fin, con muchísima pesadumbre, llegaron al Calvario. Era éste un montículo que se alzaba fuera de los muros de la ciudad, sitio destinado a la ejecución de los malhechores, lugar de ignominia y de muerte.

Jesús, lleno de fatiga, se hallaba casi agonizante.

Los sacerdotes que le rodeaban vieron que la muerte se acercaba por momentos, y repetían: «¡Aprisa, aprisa, o luego será demasiado tarde!»

Y mientras los soldados despejaban y defendían el sitio en que iban a ser ajusticiados los reos, los sayones desnudaban cruelmente al Redentor, en medio de la muchedumbre, renovando las heridas y haciendo de nuevo brotar de ellas la sangre.

VII. *La crucifixión.*—Los sayones colocaron a Jesús sobre la cruz, mandándole tender los brazos. Obedeció el Señor sin proferir una palabra. Luego sintiéronse resonar los golpes de un martillo. Un clavo traspasaba la mano derecha de Jesús, dejándola

toda su sugestiva simpatía para introducirse en su intimidad y en su afecto, condiciones imprescindibles para llevar a cabo la obra educativa que en sus manos había puesto Salvador Gironés. Al claro espíritu de Julieta, no se ocultaba la trascendencia de esta obra; no se trataba sólo, como dijo el cacique, de «cepillar» un poco a Pura Páez, dándole un baño superficial de educación urbana. No; en el fondo de esa petición, hecha sin duda por Leonardo Gironés a su padre, había algo más que a la intuición exquisita de la maestra no escapó. Julieta adivinaba la resistencia de Leonardo, refinado y selecto, hombre de delicadezas sutiles y de estudios profundos, una resistencia muy justificada. Y le veía oponer a su padre todos los argumentos que no podía menos de emplear un hombre de su rango intelectual a quien, la suerte o el amor, empujan a contraer matrimonio con una mujer que está muy por debajo de su nivel cultural.

Leonardo no quería avergonzarse de su esposa por su incultura, ni quería vivir con quien no le comprendiese. Leonardo necesitaba en su hogar la compañera que adivina y se compenetra y hasta, en ocasiones, con su talento y su instrucción puestas en servicio del esposo, le sabe aliviar un tanto la tarea cotidiana.

Todo esto adivinaba la maestra, y bien sospechaba que su misión tenía más alcances que perfeccionar una mala forma de letra y una ortografía de sastreros y enseñar unos rudimentos geográficos o históricos y dar a su discípula una idea general de los conocimientos más corrientes... Sí; Julieta, tras la vulgar demanda del cacique, estaba escuchando

el ruego apasionado de Leonardo Gironés. Y éste, lo que pedía, era que le formasen el carácter y le educasen el corazón y los sentimientos de la que debía ser madre de sus hijos.

¿Por qué pedía esto Leonardo Gironés? ¿Porque quería a Pura y deseaba verla perfecta? ¿Acaso porque deseaba enamorarse de la moza y no podía lograrlo al hallarla tan lejos de sí mismo? Esto sí que era un misterio para la profesora; un misterio inquietante que la escarabajaba el alma con resquemores de curiosidad. ¿Era posible que un muchacho como Leonardo, educado en el ambiente de un colegio de postín, despojado completamente de todo hábito grosero, merced a esa educación refinada, y acabado de formar después en el yunque de la vida amplísima de los grandes centros de población, en contacto con gentes distinguidas, hallase encantos bastantes en esta criatura, paleta y rústica, para enamorarse hasta el extremo de renunciar por ella a un brillante porvenir médico y encerrarse en el valle de Ceta sin estímulos en su profesión, para vegetar indignamente?

¿Cómo se contradecía esta suposición con los datos que ella tenía del carácter y talento del joven! Entonces... ¿tal vez se casaba por dinero con la heredera de D. Julián Páez?

Encontrábalo esto Julieta harto extraño, pues hombre de condiciones y de valía, no había de serle dificultoso a Leonardo encontrar en otras esferas sociales mujeres de más dotes y de mayor fortuna que la chiquilla pueblerina. Pero andaba, a cartas vistas, en todo este amasijo de cosas inexplicables, la mano sinuosa del mandarín, pródigo y

hábil en inventivas peregrinas y en combinaciones asombrosas. ¡Y Dios sabe a qué complicadas intrigas servirían de instrumento estos dos infelices muchachos!

Por de pronto, a Pura Páez no parecía hacerle mucha gracia el presunto marido.

Cuando Julieta, con insinuante frase, la felicitó por su futuro casamiento, ella se encogió de hombros despectivamente; ni un rubor expresivo, ni un estremecimiento de emoción. Julieta, estupefacta, se preguntó si a Pura no le sería completamente diferente el novio.

A él, no le conocía. A raíz de la muerte de don Julián comenzó a decirse por el pueblo que las extrañas condiciones del testamento obligarían a casarse a ambos muchachos. Pocos días después, corrió la noticia de que regresaba del extranjero el unigénito del cacique. Se decía que era un arrogante mozo...

Julieta miraba en esta primera noche a la novia, sentada en actitud encogida junto a la chimenea, mal peinada, mal vestida, pequeñita, morenucha, insignificante... Sólo tenía bonitos los ojos; unos ojos enormes, negros, soberbios... Y se preguntaba con un poco de desprecio hacia Leonardo Gironés, cómo por un puñado de pesetas vendía su libertad de elección y la gloria de un brillante porvenir en su carrera.

—¡Bahl..., pensó. Al fin y al cabo, hijo de padre.

Estos detalles llegaron a los oídos de Pura Páez, aumentando así la sugestión simpática que en ella ejerció también la maestra desde el primer momento.

Entró ésta en la desmantelada casona de los Páez una tarde nublada de diciembre, después de dar recios y repetidos aldabonazos sobre las enormes puertas de madera de cerezo forradas de cinco en los bajos y exornadas de clavitos y dibujos en la parte superior. Salió a abrirle la Anastasia murmurando saluciones en valenciano. Julieta, sin entenderla, sonrióle comprensiva, cautivando, con el hechizo brujo de esa sonrisa, una voluntad más. Y con ella cruzó salas desiertas y subió una amplia escalinata con baranda de churriguerecos herrajes, siendo recibida por la futura discípula en el despacho de D. Julián, sobrio de muebles, repleto de libracos y lleno todo él de ese perfume de cosa vieja que se suele hallar en las estancias privilegiadas de estas patriarcales casas de pueblo. En la chimenea ardía un buen fuego y Pura, vestida de negro sencillamente, tremolosa y nerviosilla, esperábala en pie, rememorando olvidadas fórmulas de cortesía que al fin murieron, sin salir a luz en un evidente aturullamiento, cortado por la señorita de Alonso de Espinal con un cordial apretón de manos y unas alegres palabras de juventud.

Pura respiró, aliviada del enorme peso que el temor de estas primeras palabras había puesto en su alma; pero, esta preliminar entrevista, fué difícil... Julieta se halló ante un espíritu receloso y desconfiado que rehuía por instinto las aproximaciones y las confidencias. Conocía que habría de apelar a

prendíala una primorosa escarapela azul celeste de la que pendía una gran medalla de plata, la cual campeaba sobre el delantal de la chiquilla, cerca del hombro, toda la semana. El estímulo y la emulación hacían verdaderos milagros. Las mismas niñas se distribuían por semanas el arreglo interior de la clase. Una era la encargada de escobar el salón, otra del cuidado y riego de las macetas, aquella de la distribución y ordenamiento de los libros escolares entre las compañeras necesitadas, ésta del «Diario» de la Escuela donde, entre garabatos, balbuceos e imperfecciones, se anotaban los pasos ascendentes del trabajo infantil. La obra de la maestra de Benibarter era un milagro de luz sobre el fondo sombrío de la rutina. Valía su educación escolar lo que valía su persona...

Una tarde, Pepiqueta la Estanquera y Antonia la Chata, pasaban por delante de la menguada ventanuca de la escuela y oyeron a la maestra decir con voz dolida, donde se adivinaban una gran contrariedad y una pena sincera:

—Yo creía, Marieta, que tú me querías un poco más...; pero, veo que no, porque, de quererme, no me hubieses desobedecido.

—¡Yo no lo haré más; se lo prometo!—gimió la voz de Marieta Esplugues en un arranque.

Y las que pasaban, pensaron que esas palabras tristes de una profesora tan amante y tan dulce, hubiese hecho en ellas profunda impresión, como la hacía en la chiquilla culpable y, seguramente, fueran harto más eficaces que los palmetazos de doña Serapia, la maestra avinagrada y rabiosa bajo cuya férula se educaron ambas mozas.

CAPITULO VI

En la orilla de la fuente

DICE usted que pasado el barranco hay que subir un tosal, señor Pere?

—Sí, señora maestra; sube usted el tosal aquel donde hay unos cipreses y le vuelve a bajar, ¿comprén? Y cuando lo acaba de bajar se encontrará ya en la fuente del Racó.

—Nosótras también lo sabemos, doña Julia—dicen las mayorcitas.

—Ale, andando. Y muchas gracias señor Pere. Es el primer paseo escolar desde que Julieta Alonso de Espinal es maestra en funciones; las chiquillas no tienen la menor idea de lo que significa esta iniciativa simpática. Sus anteriores profesoras no se preocuparon de sacarlas jamás a tomar el sol y el aire, a recibir sus explicaciones sobre el césped de los campos y a saturarse de alegría y de libertad bajo el cortinaje inmenso de los cielos. Cantando como pájaros unas lindas canciones aprendidas en la escuela, con su hatillo en la mano conteniendo la merienda, el escuadrón de mariposas alegres, rodeando a su maestra, triscaba por los senderos joyantes de las huertas fecundas. ¡Y qué cantar

aquél...! Era como un suspiro de la tarde esplendorosa y augusta, llena de blanca castidad, de bellas y doradas claridades, de azules y risueñas ilusiones. Canción de juventud untada de emoción y de misterio. ¿Quién la enseñó a cantar con aquella dulzura, con aquel perfume espiritual que iba dejando en la ruta de los senderos suaves aromas de corazón? Tú, maestra. Es tuya esa canción tan dulce, tan inspirada, tan henchida, tan empapada de zumos divinos. Canción de madrigal y amanecer que pone en nuestros labios el grato sabor de una emoción serena. Solo tú, puedes cantar así, enseñar a tus niñas esa música y alegrarnos en el silencio del atardecer rural; poner en nuestras almas ese suspiro tembloroso, que es como la mayor riqueza sentimental, nutriéndonos de fortaleza, de serenidad y de optimismo... Cantaban las niñas en la blanca serenidad de la tarde y reía la tarde en la alegría inocente de la grey infantil... Julieta, muy elegante en la sencillez de su sobrio traje sastre, es hoy una criatura de ensueño, pese a la adustez del luto. La luz juega entre las ondas amplias de sus cabellos castaños. Hay rosas en sus mejillas y luz en sus ojos magníficos, de una expresión profunda y soñadora. Está contenta. Van a llegar los días evocadores y simpáticos del natalicio de Jesús. El modesto hogar que ella sostiene con su trabajo y sus cuidados, va a dar calor a los ausentes reuniendo, por unos días, a los colegiales en vacaciones, a Florita, a Alfredo... Días de grandes memoranzas, de solemnes recuerdos que van a abrir las heridas mal cerradas apenas, pero van a derramar sobre sus vidas la dicha de sentirse juntos y amados. Julieta, madrequita buena,

costura, y, algunas, las más instruidas, el almohadón o la toalla con un ramo kilométrico y absurdo, donde la pobre criatura se había encorvado perdiendo la vista y el gusto por la labor, harta ya de ramajes, troncos, hojitas y arabescos... Los dibujos de los nuevos bordados eran sobrios, sencillos y elegantes. Trazábanlos las mismas chiquillas, prescindiendo del papel de calcar y hasta inventándolos o modificándolos a su placer a manera de ejercicio de inventiva; las alumnas trabajaban con ilusión, sin desanimarse, como antes, ante una obra superior a su paciencia y a sus alcances, y el desarrollo de este trabajo manual en la mujer no constituía el eje principal y exclusivo de su instrucción, sino una fase secundaria y accesoria. Sus antecesoras prescindían de «la letra» y «los números», dedicándose en cuerpo y alma a «la labor», pues la mujer sólo debía ser para la casa, sólo debía aprender a remendar, coser, hacer medias y, las más ricas, bordar, confeccionar flores y canastillas de rafia y puntillas de bolillos... Todo esto, todo lo nuevo, todo lo que hacía doña Julia era estupendo, maravilloso. Pero con serlo mucho, aún lo fué más el método extraño que empleaba la maestra para castigar y premiar a sus alumnas. Nada de gritos, punterazos, ni cachetes. Nada de arrodillarlas, ni ponerlas de plantón con los brazos en cruz. Todos los sábados, terminada la clase de Higiene y luego de rezar unas preces a María Santísima con la mayor compostura, doña Julia leía en voz alta la calificación que cada alumna había merecido por su aplicación y su comportamiento, por su asiduidad y por su limpieza; y a la que mejor nota había obtenido en las referidas disciplinas,

pegada al madero, crispada por el dolor y convertida en un manantial de sangre. El brazo izquierdo no alcanzaba al agujero hecho, por lo cual hubo que estirarlo con cuerdas hasta dislocárselo. Así quedó clavada la segunda mano.

Los verdugos procedieron de igual modo con los pies, rompiendo los tendones, descoyuntándole los huesos, haciendo una tortura horrible en los miembros delicados de Jesús. Este tormento fué uno de los más acerbos y penosos.

IX. *Elevación de la cruz.*—La cruz fué hincada en tierra y levantada en alto. Los soldados se repartieron las vestiduras de Jesús, y como la túnica era inconsútil, echaron suertes sobre ella.

Pendiente el divino Salvador en el árbol de la cruz, padecía crueles tormentos; pero los judíos, lejos de sentir compasión, se mofaban de él diciendo:

«¡Ah!, tú que destruyes el templo de Dios en tres días y lo reedificas, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.»

Pero Jesús oraba, o levantando los ojos al cielo decía:

«Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen.»

También uno de los ladrones crucificado con él le zahería; pero el otro le reprendió diciendo:

«¿No temes a Dios aun estando tan cerca de la muerte? Nosotros, ciertamente, sufrimos porque lo merecemos; pero éste, ¿qué mal ha hecho?»

Dirigiéndose después a Jesús, le dijo:

«Acuérdate de mí cuando estuyeres en tu reino.»

Respondió Jesús:

«En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Jesús, entrando en la agonía, exclamó:

«¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

Luego dijo:

«¡Sed tengo!»

Y empapando un soldado una esponja en vinagre, la ató a una caña y se la daba a chupar.

Después, Jesús exclamó:

«¡Todo se ha consumado!»

Por último, salieron de sus labios estas palabras:

«¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!»

Inclinó la cabeza, y murió.

Tembló entonces la tierra, los sepulcros

se abrieron, los cuerpos de muchos santos resucitaron, rasgóse el velo del templo y el mundo quedó en tinieblas. Las gentes huían del Calvario, horrorizadas, y diciendo:

«¡Verdaderamente, era el Hijo de Dios!»

X. *Jesús bajado de la cruz.*— Cuando vieron los soldados que Jesús estaba muerto, no le rompieron las piernas, según era costumbre, sino que con una lanza le abrieron el costado, cumpliéndose así las profecias.

José de Arimatea se presentó a Pilatos a pedir el cuerpo de Jesús para depositarlo en un sepulcro que poseía en huerto cercano del Calvario. Nicodemus le acompañó, y ambos llevaron lienzos finos y aromas para ungir y fajar el cadáver conforme a la usanza judía. Bajaron cuidadosamente el sagrado cuerpo y lo depositaron en tierra con la cabeza apoyada en las rodillas de María.

El alma de Jesús, entretanto, descendió al seno de Abraham, donde las almas de tantos justos estaban esperando su santo advenimiento.

XI. *Entierro de Jesús.*— Los preparativos para el entierro tuvieron que ser algo apresurados, a causa del descanso del sábado que obligaba desde el momento que empezaban a verse las primeras estrellas.

Con la ayuda de la Magdalena y Juan, la Virgen fajó el cadáver con largas bandas de lino, cubriendo luego con un sudario el desfigurado rostro. Inmediatamente le condujeron, en triste y silenciosa procesión, por el huerto de José de Arimatea, hasta el sepulcro, que era un hueco abierto en la roca viva. Lo cubrieron con una losa y se retiraron.

Entonces los fariseos fueron a Pilatos y dijeron:

«Manda custodiar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, hurten el cadáver y digan que ha resucitado.»

Y así se hizo.

XII. *La Soledad.*— Consideremos ahora los amargos dolores de María Santísima en la Pasión y muerte de su amado Hijo, triste en la profunda soledad. ¿Qué sentiría el corazón de la Madre, cuando al mirar a su Hijo advirtiera la palidez del rostro y proximidad de la muerte? ¿Qué cuando oyó de sus secos labios la voz «¡sed tengo!» y no pudo darle una gota de agua? ¿Qué, en fin, cuando bajado el cuerpo muerto de la cruz, apoyaron la cabeza del Hijo amado sobre las rodillas de la Madre? ¡Qué soberana angus-

tia cuando se retiraron del Calvario después de haber depositado los restos de Jesús en el sepulcro!...

Esta es, en breves palabras, la narración de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Esta, la meditación y consuelo del cristiano en todas sus adversidades y dolores.

¡Era menester esta muerte para que nosotros resucitáramos a la gloria!

Ⓢ Preguntas y respuestas Ⓢ

Preguntas. — ¿Habrá alguna compañera tan amable que haga el favor de explicar el procedimiento para la pintura al batik.—*A. M.*

—¿Podrá algún amable lector decirme cómo se pinta y barniza un armario imitando la caoba?—*Moi.*

—¿Podrán darme algunos datos de la historia de Wellington, célebre general inglés, y por qué fué llamado gran Duque de Ciudad Rodrigo?—*M. R. C.*

Respuestas.—El Duque de Wellington, que antes se llamó Arturo Wellerley, nació en Dublín en 1769 y murió en Walmer Castle en 1852. Fué el cuarto de los nueve hijos del Conde de Mortmington.

Cursó los estudios militares en Angers (Francia), que era por entonces famosa su Escuela militar y fué ascendiendo en los primeros grados con bastante rapidez. Sus primeras armas las hizo en Bélgica en 1794, después peleó en el cabo de Buena Esperanza y en la India.

En 1808 se le dio el mando del ejército inglés en nuestra península, obligando a los franceses a salir de Portugal. En 1809 pasó a España, conservando sus posesiones en la batalla de Talavera de la Reina, pero vol-

viéndose a Portugal, donde se fortificó en la famosa línea de Torres Vedras. Por entonces recibió el título de Vizconde de Wellington de Talavera.

En 14 de enero de 1812, se hizo dueño de Ciudad Rodrigo, y poco después de Badajoz y de toda Extremadura. Por ello se le dió el título en España de Duque de Ciudad Rodrigo y grande de primera clase.

En 22 de julio del mismo año, Wellington triunfó en la batalla de los Arapiles, abandonando Madrid los franceses y siendo Wellington recibido en triunfo.

En 21 de junio de 1813, preparó la batalla de Vitoria que puso fin a la invasión francesa en España.

Wellington persiguió después a los franceses dentro de su misma patria y se coronó de gloria en Waterloo. Figuró más tarde muy honrosamente entre los políticos y embajadores de su país, llegando a desempeñar la cartera de Negocios extranjeros.

La reina de Inglaterra le trataba como a un miembro de la familia.

El general conservó la plenitud de sus facultades hasta el último instante de su vida, logrando como pocos gloria y fortuna verdaderamente abundosas.—*R.*

—Fórmula de lejía que pedia una compañera y da buenos resultados.

Carbonato sódico, 1 kilogramo.

Cloruro de cal, 1,5 ídem.

Sosa cáustica, 0,5 ídem.

Agua, 14 litros.

Para prepararla, se mezcla todo, y al cabo de cinco días, se decanta y se filtra.

—Para hacer labores de cristal, empleo geve y cola de pez, ambos se disuelven en agua, y en proporción de cien gramos de la primera por un litro de agua y la cola hasta que el líquido pegue, se introduce el objeto que se quiere cristalizar, y pasadas unas horas, se ve el efecto.—*Dolores Peláez.*

PARA LA FIESTA DEL ARBOL

Un monólogo, un diálogo y un juguete cómico

RECREOS INFANTILES

por

DON EZEQUIEL SOLANA

PRECIO DEL EJEMPLAR, UNA PESETA

REVISTA FEMENINA

CRONICA DE LA MODA

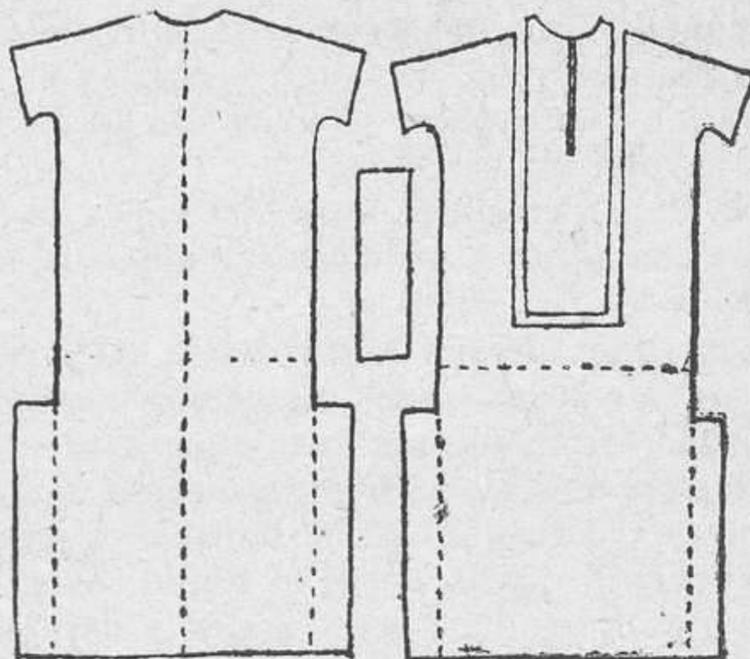
Vestido de calle

En los actuales tiempos no les es posible, a la mayoría de las familias, poseer un traje para cada uno de los actos a que tienen que acudir; por consiguiente, las denominaciones de traje de noche, traje de recepción, traje



soirée, etc., están destinados a desaparecer. Mas, como quiera que muchas veces conviene asistir a reuniones, teatros, etc., será preciso, para no caer en el ridículo, poseer un traje de los que se suelen llamar de calle que, dentro de la sencillez, pueda usarse para dichos casos, sin que llame la atención en color, forma y adorno. Convendrá, pues, un vestido de tejido ligero, crepé de china, alpaca, etc., que reúna algunas de las condiciones siguientes: No debe ser exageradamente corto ni tampoco muy estrecho, pues los extremos no resultan nunca elegantes; en cuanto a las mangas, aunque se usan más generalmente largas, como las cortas no están totalmente en desuso, casi será mejor

hacerlas cortas y así resultará más propio para asistir a algún acto de noche. En cuanto al cuello o, mejor, escote, no conviene hacerlo demasiado grande, pues llamaría la atención, y ya hemos dicho que debe esto evitarse.



El modelo adjunto reúne las condiciones indicadas y puede, a nuestro juicio, servir para estas ocasiones.

DE PUERICULTURA

Los vestidos del nene

Hay gran diferencia de formas en los vestiditos de los niños recién nacidos, según los países.

Mas consideramos que importan poco las formas con tal de que la ropa sea suave, no haga pliegues y el niño esté abrigado y seco.

Se va extendiendo mucho la llamada envoltura a la inglesa.

Las mantillas, contraproducentes a una edad más adelantada, son muy útiles en los primeros días, porque conservan el calor alrededor del cuerpo y de las piernas.

Como vestidos, una camisita de hilo, el jubón de lana y una chambrá de piqué, las tres con mangas largas, sujetas ligeramente a los puños. También conviene una faja, para mantener el apósito y evitar las hernias del ombligo, y que no conviene apretar demasiado.

Como el niño se ensucia con frecuencia, y para evitar la humedad, conviene que estas ropas no lleguen más abajo de la cintura.

Para la parte baja se utiliza un pañal de hilo, otro de tejido esponjoso para absorber la humedad y separar las piernas, con el propósito de evitar la irritación, y, finalmente, una mantilla de lana, procurando que queden libres las piernas para que el niño pueda hacer ejercicio sin dificultad.

Para los pies, algunas madres emplean, con buen acuerdo, sencillas babuchas de lana.

Debe tenerse cuidado de no poner tejido impermeable en contacto con el cuerpo, pues la humedad que conserva irritaría la piel del chiquitín.

Para no entorpecer su irritación no se deben apretar los vestidos.

No deben sujetarse nunca las ropas de los niños con alfileres ordinarios; empléense solamente los imperdibles.

Las ropas de los niños deben estar perfectamente secas, pues esto constituye, en el orden higiénico, una gran necesidad.

Después de enjabonadas las ropas deben aclararse con agua pura, porque el jabón que a veces queda entre el tejido, es suficiente para producir irritaciones y desagradables inflamaciones de la piel.

DE HIGIENE

Cuidado de las uñas

No deben cortarse las uñas sin meterlas antes en agua templada, a fin de ablandarlas.

No debe cortarse nada de pellejo ni de carne alrededor de las uñas.

No conviene pulimentar demasiado las uñas; sólo deben tener un lustre regular.

No se deben cortar la uñas en punta, sino perfectamente arqueadas.

No debe limarse las uñas; esto sólo sirve para que se pongan gruesas. Se las debe frotrar nada más con el polvo finísimo de cinabrio y esmeril, que se emplea para pulimentar concha y marfil.

El chocolate

Esta pasta, hecha con cacao y azúcar molidos, a cuya mezcla se añade canela o vainilla, tiene una historia curiosa, muy semejante a la de la patata y otras plantas.

En 1526 el conquistador extremeño Hernán Cortés dió a conocer en España la sabrosa creación de los indios mejicanos.

La palabra «chocolate», aun cuando espa-

ñolizada, sigue conservando su origen indio, porque consta de dos vocablos: «choco» (ruido) y «lat» (agua), lo cual equivale a «el agua que hace ruido», pues los mejicanos sabían manipular con ayuda de un molinillo la mezcla de agua y del fruto del cacao...

A partir del año 1600, el uso del chocolate se extendió considerablemente en España, Italia, Flandes y Francia. En Francia, el chocolate llegó a ser una de las delicias más estimadas de las clases aristocráticas. Uno de los primeros defensores fué Alfonso Luis de Plessis, arzobispo y cardenal de Lyon, hermano mayor de Richelieu, el cual atribuía al chocolate grandes propiedades curativas de las enfermedades del bazo. El mariscal de Grammond y el cardenal Mazarino, fueron también grandes aficionados a la deliciosa bebida.

En cambio, Luis XIV lo detestaba, y trató de que su esposa compartiera tal aversión, pero la reina, hija de Felipe II de España, estaba tan acostumbrada a tomar chocolate, que antes de prescindir de él hubiera hecho cualquier sacrificio.

Madame de Sevigné se declaró partidaria entusiasta del chocolate cuando hizo su aparición. Más tarde escribió: «El chocolate os anima y estimula durante unos instantes, mas no tarda en provocar una calentura que os conduce a la muerte». La brillante escritora exageraba, indudablemente, y de ello debió darse cuenta, porque, al fin, acabó por alabar el chocolate sin reserva alguna.

Ninoa de Lenclós tomaba mucho chocolate, y ella fué quien ofreció la primera taza al joven Aranet, que todavía no se llamaba Voltaire, que más tarde había de convertirse en un ferviente «chocolatero».

Napoleón, cuando se levantaba temprano para trabajar, acostumbraba a tomar varias tazas de chocolate muy cargado.

En nuestros días, el uso del chocolate tomado como bebida va disminuyendo, ante el avance del insípido te, que ha implantado la moda británica.

No obstante, muchas mujeres prefieren, a otras bebidas, una taza de un aromático chocolate con bizcochos.

COCINA PRACTICA

Tencas en salsa blanca.

Escámense, vaciense y límpiense. Partirlas luego en trozos. Escurrir éstos y hacerlos saltar en manteca derretida. Añadir una cucharada de harina. Mojar con vino blanco;

sazonar con sal, pimienta gorda y ramito compuesto, y añadir setas y cebolletas escaudadas.

Cuando la mezcla esté cocida, trabarla con yemas de huevo, y servirla.

Vaca a la moda.

Tómese un buen trozo de vaca y méchese con tiras de tocino; póngase en una cacerola con sal, pimienta, hierbas y un diente de ajo.

Cuando la carne ha soltado su jugo a fuego lento, se cubre con cortezas de tocino, añadiendo vino blanco, ajos picados, cebolletas, rodajas de zanahoria, pimienta en grano y un poco de sal. Cúbrase la cacerola, dejando cocer a fuego lento durante tres o cuatro horas.

Tortilla con queso.

Preparar los huevos como para una tortilla ordinaria, con poca sal y pimienta.

Añadir queso parmesano rallado, revolver bien la mezcla y echarla en la sartén a buen fuego.

Antes de doblar la tortilla, agregar queso al interior.

Dejar que tome color, y servirla.

Tarta de Pascua.

Se toman iguales cantidades, en peso, de almendras dulces, azúcar en polvo, harina, manteca, pasas pequeñas, de las que se usan en repostería, y huevos, en proporción.

Las almendras se machacan en un mortero de mármol, y se mezclan con los demás ingredientes, según costumbre para esta clase de pasteles. El cocido en el horno debe hacerse con menos calor y durante más tiempo que lo necesario para una tarta corriente.

CONOCIMIENTOS UTILES

Limpieza de la ropa.

Los huevos son excelentes para la limpieza de la ropa. Para utilizarlos a este objeto se mezcla una yema de huevo bien batida con un poco de alcohol o agua de Colonia, lo que hace que limpie mejor y dure más tiempo. Es el mejor sistema para limpiar los cuellos y bocamangas de terciopelo, al que

quita muy bien las manchas. Una vez limpia la prenda, se aclara la parte donde se haya aplicado el huevo con una esponja empapada en agua clara.

Limpieza del encaje.

El encaje fino, que hoy goza de tanto favor en vestidos y prendas interiores, se lava del modo siguiente: Se hierve el jabón y se deja en él el encaje durante algunas horas. Se busca una botella de boca ancha, se mete dentro el encaje y se agita, echándole agua clara hasta que el encaje no tenga jabón. Si el encaje es estrecho, se envuelve en la botella después de haber cubierto ésta con una franela, y se deja secar. Si es ancho, se prende en una mesa donde antes se haya puesto una franela.

Las manchas de pintura de la ropa salen fácilmente tratándolas con una mezcla de aguarrás y amoníaco por partes iguales. Sátuse la mancha con esta solución y luego aplíquese un poco de jabón, enjugando por último la tela.

Para marcar la ropa.

Para marcar la ropa es excelente la pasta que se hace con treinta partes de sulfato de cobre y treinta de anilina hidroclicórica, pulverizadas por separado y mezcladas luego cuidadosamente.

Esta composición se mezcla con cinco partes de glicerina y agua suficiente para hacer una masa pastosa, espesa y uniforme, que puede usarse en cualquier momento. Para usarla se emplea un estarcidor y una brochita de cerdas fuertes. Después de marcar o estarcir las prendas, se dejan por lo menos dos o tres días sin planchar. Al cabo de este tiempo las marcas aparecen de un color verde oscuro. Después de lavadas con jabón y sosa se vuelven de un negro intenso.

Esta pasta puede conservarse mucho tiempo. Si se seca, basta mojar la brocha en un poco de agua. El color es tan resistente como el de la anilina. Para hacer tinta de marcar basta echar en agua un poco de esta pasta.

PEDAGOGIA GENERAL,

por DON EZEQUIEL SOLANA
Cuatrocientos ocho páginas, 5 pesetas

ECOS DEL MAGISTERIO

Delegación provincial de Burgos.

El pleito de la unificación de Escalafones debe resolverse con urgencia para que haya paz y sosiego entre la gran familia del Magisterio.

En recientes asambleas celebradas en Madrid por la Confederación Nacional de Maestros, Inspectores de gran prestigio, como D. Francisco Carrillo, Martínez Chacón, Lillo Rodelgo, Riera Vidal, Onieva y el ilustrísimo Sr. Director general de Primera enseñanza, han declarado que lo que pide la Confederación es justo y debe concederse.

Hay, próximamente, unos mil Maestros aprobados sin plaza en distintas convocatorias que han probado su suficiencia. El Director general dijo en la Asamblea de noviembre último, que sería justo que pasaran al primer Escalafón sin más trámite ni más dilaciones.

Hay muchos Maestros ancianos que han prestado en la enseñanza diez, veinte y treinta años de servicios, que poseen votos de gracias, premios, distinciones oficiales, oficios laudatorios, etc. Estos compañeros no se han presentado a oposiciones para quitar la nota de derechos limitados por carecer de medios económicos para sufragar los gastos que se originan en unas oposiciones.

¿No han demostrado bastante vocación y competencia estos venerables ancianos que llevan al frente de sus Escuelas muchos años de servicios cobrando míseras dotaciones? ¿Por qué no se unifican los Escalafones y se les da el sueldo mínimo de tres mil pesetas que, en justicia, les corresponde?

CATÓN

de lectura y escritura

por

EZEQUIEL SOLANA

32 páginas

Ejemplar, 0,30; docena, 3,00 ptas.

La Confederación ha invitado a las demás

Asociaciones del Magisterio para formar un Comité mixto que trabaje en defensa de las aspiraciones comunes a todos los asociados. Este Comité mixto que se pretende formar es un puente para llegar a constituir la Asociación única del Magisterio; pero es preciso que en la nueva entidad haya representantes de todas las categorías del Magisterio, proporcionalmente al número de individuos que en ellas figuramos, para que los derechos de los asociados queden garantizados.

JUAN GALO PEÑA



Sobre los tres años y concursos.

Para las Asociaciones.—Convocadas por la Nacional y Confederación todas las Asociaciones provinciales y de partido, a todas brindo mi campaña para que en sus acuerdos y conclusiones pongan con preferencia la que sigue, en bien de la enseñanza y de la clase: Derogación del artículo 74 del vigente Estatuto, y, sin traba ninguna, se exija en su lugar, dentro de cada categoría, la preferencia del mayor tiempo de servicios prestados en la Escuela desde que se solicita; traba no pequeña, pero más humanitaria, justa y equitativa que la clase en general ve con más satisfacción.

ZACARÍAS SANZ JADRAQUE

El Fresno (Avila).

NECROLOGIA

Han fallecido:

En Villalgorido del Marquesado, la madre de D. Maximiano Carrasco, Maestro de San Zadornil (Burgos).

En Los Isidros (Requena), D. Juan Fuster Pelegrí, de 22 años de edad, hijo del Maestro nacional D. Fiolán Fuster.

La madre de nuestro apreciable compañero de Avila, D. Teodoro López.

D. Isaac Muñoz Bravo, Maestro nacional de la Escuela de Cañamero (Cáceres).

D. Vicente Soria, esposo de doña Consuelo Orue, Maestra de Regil.

D. Salvador Sánchez-Morate, Maestro de Primera enseñanza, hermano de nuestros compañeros de Tarancón (Cuenca), doña Concepción Sánchez-Morate y D. Felipe Monge.

Acompañamos en la pena a sus distinguidas familias, y rogamos a nuestros lectores una oración por el alma de los finados.